

La Grande Torpeza



Si hubiera que buscar un denominador común a la política española sería el de *torpeza*, algo más difícil de definir y valorar que los *errores* y, por lo mismo, capaz de afectar a prácticamente todos los actores del *docudrama* español, donde el delirio se vende como sensatez, y la crítica política se transmuta en reproche moral. Tanto las derechas *conservadoras* y *pseudoliberales*, como las izquierdas más o menos *radicales*, pasando por la gama gris y borrosa de la socialdemocracia (*socialcentrista*, *socioliberal*, *socialista*), se esfuerzan en robar plano en el espectáculo mediático de las sesiones parlamentarias. En las sociedades democráticas modernas, con una opinión pública hiperactiva gracias a las *redes sociales*, la política no puede ejercerse efectiva y eficazmente sin la suficiente dosis *emocional* que acompañe a la necesaria *credibilidad*. Y no hay nada como la *torpeza* para destruirla. Por eso, la *larga cambiada* de la *moción de censura*, ejecutada por Pedro Sánchez con precisión y dominio de los tiempos, ha descolocado a casi todos, pero especialmente a populares, ciudadanos, independentistas atrapados entre *el ser* (judicial) y *el querer ser* (político), y, en menor medida, a el *staff* directivo de Podemos, enredados en el *coste de oportunidad* de una oposición que beneficia a Sánchez. Y todo cuando la crisis territorial y la presión *evolutiva* de la Revolución Digital, con sus efectos *disruptivos*, exige políticos con sentido de Estado y proyecto de país. Veamos.

Populares: el modelo *salvini* para salvarse

Los tics autoritarios de los populares han aflorado en el argumentario del partido sobre la *moción de censura*. Admiten su *legalidad* (de lo contrario tendrían que acudir al Constitucional), pero tachan de *ilícito* su resultado, con el argumento de que Sánchez no ha ganado las elecciones, olvidando que en nuestra democracia la *legitimidad* para gobernar reside en el Congreso de los Diputados, y no *directamente* del voto ciudadano. Esta curiosa concepción del *derecho a gobernar*, que confunde sistema parlamentario con presidencial, no es más que una manifestación más de la *genética* político-patriótica de la derecha, actualización *aznarista* del *posfranquismo* de Fraga, ahora buscando el rebufo de los

nuevos aires *ultraconservadores-populistas*. La elección de Casado como presidente del PP tiene más de vendetta contra el *centrismo pasota* de la funcionaria Sainz de Santamaría, que de verdadera apuesta por la renovación regeneradora que necesitarían los populares para volver a resultar atractivos al electorado de centro-derecha. Los pronunciamientos del nuevo líder elogiando a Orbán, y oponiéndose de *facto* a la censura del Parlamento Europeo por la deriva autoritaria de Hungría, son reveladores de por donde van los tiros. Su mala retórica agresiva, las descalificaciones burdas, y las comparaciones disparatadas con que se opone al gobierno socialista suenan a impostada imitación de los *salvinis*, *trumps* y *bolsonaros* que hoy florecen por el mundo. Un suicida intento de cerrarle el paso a los de Vox y frenar el, hasta ayer, irresistible ascenso de Ciudadanos. Su obsesión es impedir a toda costa que funcione el gobierno Sánchez, utilizando torticeramente para ello la Mesa del Congreso y la mayoría absoluta del Senado, para impedir la aprobación de los presupuestos. No le importa crear serias perturbaciones institucionales y económicas con su increíble viaje *propagandístico* a Bruselas para que los rechacen. Carente del menor sentido de Estado, con una pobreza preocupante de ideas, sobreactúa como los malos actores con su exigencia de un inconstitucional 155 *sine die*, creando una peligrosa frontera entre ellos o nosotros que solo consigue, paradojas de la política, consolidar el apoyo independentista al gobierno de Sánchez, y facilitar el dibujo caricaturesco de una España autoritaria, intransigente, y centralista. Con tal de ejercer su papel de *salvadores de la patria*, no dudan en ponerla en peligro. Todo vale con tal de impedir que tenga éxito la acción de gobierno socialista, y que sus políticas sociales consoliden electoralmente al PSOE. ¡Grande torpeza!

Ciudadanos: a la busca del espacio perdido

Rivera y sus mariachis *ciudadanos*, tras experimentar una dosis excesiva de *autoestima*, y gozar de un colocón de optimismo electoral, se han encontrado ante una difícil navegación entre dos aguas: oponerse al gobierno de los socialistas, y necesidad de diferenciarse de los populares. Con el resultado de un claro *escoramiento* a la derecha más intransigente y malhumorada, lo que mengua sus posibilidades políticas de alternativa *macroniana*, si es que alguna vez las tuvo. Una fuga hacia la derecha nacionalista que facilita paradójicamente la recuperación del terreno electoral al PP, un vehículo más seguro para ese viaje. Su pugna por pedir más fuerte, más alto y más rápido el 155 resulta tan disparatada como grotesca. Ese es un territorio con propietario, aunque solo sea porque Rajoy ya lo ha ejercido, pero con los esperables resultados conocidos. De seguir así, lo que pudo ser una alternativa modernizadora de la derecha europeísta a un PP carcomido por la corrupción y la nadería política, será, a lo sumo, la *percha* imprescindible de los populares. Es decir, lo que ha sido hasta ahora. Su actividad política, una vez instaurado el *ecosistema* político desfavorable de un gobierno con vocación de permanencia, consiste en aplicar tres estrategias de *supervivencia* básicas: *depredación* (mantenerse a base de perjudicar a los competidores), *carroñería* (utilizar para uso propio los destrozos populares), y *parasitismo* (aprovechar los dos anteriores para erigirse en la única opción salvadora, *españoleando* por toda la geografía patria). Se trata de una estrategia muy arriesgada, con graves riesgos de *desnaturalización*. En tan solo unos pocos meses de *sobreactuación patriótica* ha vaciado su mochila ideológica del inicial *liberalismo* con sensibilidad social para sustituir su *levedad* por el recio y contundente peso del *tradicionalismo*

conservador, lo que le ha costado las primeras desafecciones, como el portazo de la eurodiputada Carolina Punset. Si *Ciudadanos* no se anda con cuidado, y desarrolla una política algo más *sofisticada* y menos *bravucona*, la soterrada competencia con el PP por ver quien es el tipo más duro del país a la hora de enfrentar el independentismo catalán puede llevar a la, hasta hace poco, *esperanza blanca* de la derecha, escandalizada con la corrupción *pepera*, hacia territorios salvajes de la *derecha extrema*, donde ya habita una formación en alza que huele sangre. ¡Grande torpeza!

Independentistas: entre tener y aparentar

Una de las peores y más frustrantes situaciones en la que puede encontrarse una organización política es la de los independentistas, atrapados en el peligroso *juego de las apariencias*. Incapaces de reconocer la nueva situación creada tras su fracasado intento de *sucesión unilateral*, y de admitir la necesidad de plantearse una nueva estrategia acorde con la realidad, tratan de ganar tiempo *construyendo república* en el imaginario de sus militantes. Todo a la espera de lo que deparará el próximo juicio a los políticos encarcelados, hoy su principal *atractor* movilizador. Una espera que exacerba a los *cuperos*, propicia el auge de la contestación callejera de los *cdr*, y crea un desalentador caldo de cultivo para la desesperanza entre sus votantes. No ayuda, sino todo lo contrario, la elección como *President* de un admirador del independentismo filonazi de *Nosaltres Sols* en los años treinta, tuits y artículos supremacistas y xenófobos aparte, con una irresistible tendencia a las proclamas belicistas y la arenga emocional, incapaz, por otra parte, de acallar las críticas cada vez más fuertes entre los suyos. Es un grave error que perjudica seriamente la bien construida imagen internacional de los independentistas. ¡Grande torpeza!

Ciertamente, está en la naturaleza de los nacionalismos sentirse Nación y pensarse Estado; el problema surge cuando ese sentimiento adquiere naturaleza *prepolítica*, tribal, lo que supone inevitablemente cierto nivel de *supremacismo*, púdicamente cubierto por el manto (o *mantra*) del *España nos roba*, apelando al argumento definitivo del bolsillo para *hacer "poble"* cuando no existe dominación colonial, opresión dictatorial, ni ocupación militar. Se trata de suplir en la Europa civilizada la vieja realidad, señalada por el gran historiador Fontana -mal comprendido, o que se hacía mal comprender- de que no hay independencia sin guerra de independencia. El *procés* sería la versión *pacífica* catalana, su aportación al independentismo en la Europa civilizada, vista con simpatía por los ultranacionalistas flamencos. Ahora bien, resulta peligrosamente infantil pensar que puede ser *no violenta*, salvo que se entienda -o mejor, mal entienda-, como tal la ausencia de violencia *física organizada*, y de nivel suficiente como para suponer un peligro para el Estado, algo que no siempre está en la mano de las autoridades independentistas controlar. En el siglo XXI europeo, donde ni la lucha armada, ni la violencia social, ni un uso excesivo del legítimo poder gubernamental tienen cabida, saltarse la ley democráticamente establecida es una forma *habitual* de *violencia*, de carácter *insurreccional* si el objetivo es la independencia de una parte del territorio. Esta nueva realidad de *insurrección pacífica* se manifiesta por primera vez de manera clara en Cataluña, cuando no está adecuadamente reflejada jurídicamente. Pero es algo que tarde o temprano deberá abordarse (los próximos juicios, y las sucesivas instancias internacionales, pueden ser una buena ocasión) pero me parece evidente que una *insurrección* no deja de

serlo porque no se apoye y defienda con un ejército.^[1] Cuando no se tiene el *argumento de la fuerza* solo se puede esgrimir la *fuerza del argumento*, y este solo puede ser la ley en el Estado democrático de Derecho. La gran *torpeza* de los independentistas no consiste en haber soñado con una imposible intervención de la UE (de nuevo el espejismo de Kosovo, que si contaba con una fuerza armada), sino en pensar que el pacifismo *anulaba* los efectos penales de la *insurrección*. Esta *dialéctica* de movilizaciones y *unilateralidad* en forma de *república en diferido*, es una apuesta muy arriesgada porque impide toda maniobra *estratégica* de *retirada* ante la abrumadora inferioridad de sus fuerzas frente al poder del Estado español, y el *estratégico fondo de maniobra* que le otorga la pertenencia a la UE. En este sentido, el *farol* del ultimátum lanzado por Torra en el *Parlament*, rápidamente retirado y criticado por sus socios, expresa bien a las claras la falta de estrategia ante el empantanamiento de la *ensoñación* independentista. Se puede entender la petición del *referéndum de autodeterminación* como una conquista a largo plazo (en realidad el verdadero objetivo del *procés*), pero resulta de una *torpeza* inexplicable ponerle fecha, y amenazar la estabilidad del único gobierno con el que pueden dialogar. Nada extraño, porque sigue la estela del pueril *acato, pero no cumplo*, de Puigdemont y sus últimos mohicanos. El resultado de estas actitudes irredentas ha supuesto que el bloque independentista perdiera varias votaciones en el revivido *Parlament*, incluida, paradójicas de la vida, una sobre el derecho inalienable del pueblo de Cataluña a la *autodeterminación*; y todo sin que se atisbe ganancia alguna. La última expresión de torpeza es la exigencia-chantaje al gobierno para que presione a la fiscalía y retire los cargos (o, al menos, los suavice) contra los políticos presos, cuyo alargamiento irresponsable de la prisión preventiva les convierte de *facto*, aunque no de *jure*, en *prisioneros*. Cierto, este tipo de *injerencias* han ocurrido, ocurren, y ocurrirán, pero en este caso resultan de *imposible realización*, ya que hacerlo supondría reforzar el argumento *central* del independentismo: España no es una verdadera *democracia* ya que no existe independencia judicial. ¡Grande torpeza!

Unidos Podemos: cómo ser sin estar

Atemperados, de momento, los conflictos domésticos en Podemos, las torpezas se han centrado en la actitud de Iglesias, dispuesto a recuperar el liderazgo mediático del impasse obligado por su reciente paternidad. Tras la desastrosa gestión de su chalé, convirtiendo un tema estrictamente *personal* en una cuestión de *política* interna mediante su peculiar *automoción de confianza* de carácter plebiscitario, ha sabido intervenir positivamente en los momentos críticos de las negociaciones sobre los presupuestos, apuntalando la gobernanza socialista, pese a la negativa de Sánchez a su reiterada pretensión de formar parte del gobierno. Esperemos que sea el comienzo de una inteligente *oposición colaborativa*, el necesario *acompañamiento crítico* que fortalezca la *alternativa de izquierdas* frente al acoso de las *derechas iracundas*. Menos hábil ha estado en su ronda de conversaciones con Junqueras, Puigdemont y Urkullu, otorgándose un papel negociador del que carece, lo que ha motivado el *cariñoso* reproche de Sánchez. Iglesias no soporta los papeles secundarios, ni acepta que el PSOE ocupe toda la escena, cuando los votos de Unidos Podemos son determinantes. No le falta razón, porque el desafío al que se enfrenta Unidos Podemos es reforzar el gobierno de Sánchez sin fortalecer la tendencia a ser *fagocitados* electoralmente por los socialistas. Pero el juego de *estar sin estar* en el gobierno no es la solución,

aunque ofrezca réditos mediáticos. El eje de una política que marque las diferencias con la socialdemocracia sin hacer el juego a la derecha, estriba en *ejemplarizar* en cada ocasión propicia la alternativa *transformadora*. Y en esta tarea no suele hilar fino. Una ocasión perdida, por ejemplo, ha sido la capacidad de proponer la persona para pilotar la renovación de RTVE, resuelta torpemente en las formas y en el fondo. Un disparatado *reparto de cromos* al más rancio estilo de la vieja política. La oportunidad brindada por Sánchez no podía utilizarse para obtener un efímero protagonismo, sino para ejemplarizar la *nueva política* impulsando que fueran los trabajadores de RTVE los que lo asumieran proponiendo, en un ejercicio de *autogestión*, su candidato, luego asumido y defendido por Unidos Podemos en el Congreso. Lamentablemente, todavía no se entiende que uno de los cometidos más importantes de la izquierda *transformadora* es posibilitar, primero de *facto*, luego de *jure*, la *autogestión* en el sector público como forma de *ampliar la democracia al sistema productivo*, y hacer posible la *gestión participativa* de los trabajadores en el ámbito de la economía.

Dentro de las innecesarias torpezas, es significativo del descocolo que siguen los *comunes*, evidenciado con la votación de ida y vuelta sobre la *reprobación* de Felipe IV, lo que no facilita precisamente las buenas relaciones con los socialistas. No resulta fácil entender la poderosa razón *republicana* que los ha llevado a disgustar por la mañana a los independentistas y por la tarde a los constitucionalistas, cuando la primera abstención servía adecuadamente para visibilizar tanto el reproche a la actitud del monarca, como el rechazo al *unilateralismo*. Tampoco ayuda *políticamente* los posicionamientos *moralistas* ante la hipócrita ofensiva de la derecha contra ministros del gobierno en base a conversaciones privadas, o mala gestión de la propiedad inmobiliaria. Produce estupor y tristeza ver cómo dirigentes de Podemos, siguiendo la tónica marcada por Iglesias, entran al trapo mediático de la reprobación personal de la ministra de justicia, obviando la *dimensión política* de la *virtuosa* descalificación por comer con indeseables. Un cambio de *enfoque* que le interesa a la derecha para su estrategia de *demolición* del gobierno socialista, horrorizada ante la perspectiva, reflejada en las encuestas, de que pueda consolidarse como alternativa progresista de gobierno en las próximas elecciones. Contribuir a que el *ruido moralista* provocado por el *revanchismo* de la derecha se acumule es favorecer irresponsablemente la paralización de la acción política del gobierno.

El *acompañamiento crítico* al gobierno socialista, tan necesario como oportuno, no es posible sin una *estrategia transformadora* que sepa ganar posiciones sin debilitar la mayoría de izquierdas. Para evitar que esta actitud se convierta (o perciba) en una *muleta* del PSOE es necesario poseer *profundidad estratégica*. Cuando se carece de ella, el *horizonte* político es siempre *coyuntural*, se reduce a respuestas *tácticas*, lo secundario puede aparecer como *fundamental*, se pierde la capacidad de *maniobra*, y se distorsiona la posibilidad de convertirse en *alternativa*. Cuando el PSOE lo hace medianamente bien, aunque sin tocar los pilares del sistema socioeconómico capitalista, asumido como *el mejor de los sistemas posibles*, la inspiración *socialdemócrata* de Podemos le impide hacer política *alternativa*, debatiéndose entre el radicalismo de propuestas que la mayoría social percibe como poco realistas, y los planteamientos claramente *populistas* peligrosamente similares a los de la nueva ultraderecha. Un claro ejemplo es el intento de crear una corriente en Unidos Podemos, impulsada por Anguita, Illueca y

Monereo, en línea con el movimiento alemán *Aufstehen* (En pie), fundado por Sahra Wagenknecht, líder del grupo parlamentario de Die Linke (La Izquierda), disparatada versión de izquierdas de *Alternativa por Alemania* (AfD), con el loable propósito de conectar con amplias capas de la población, *los perdedores de la globalización que están demandando seguridad, orden y protección*. Este insensato ejercicio de *comprensión* hacia ciertos aspectos de las políticas ultraderechistas, como las de Salvini y el *Decreto Dignidad* de Luigi Di Maio, obvia que no se basan en ninguna *estrategia de transformación* del sistema capitalista, sino en su *defensa autoritaria*, peligrosamente parecida a la que en su día propuso el *ex socialista* Mussolini, quien también supo engatusar a amplias capas de votantes de izquierdas.^[2] Esta vez es la *globalización capitalista* y el *dominio financiero* de la economía, con sus nuevas *interdependencias e imperativos* políticos, la que genera un déficit de soberanía, una crisis de gobernanza, y una desconfianza generalizada en el *sistema democrático* y la UE como el mecanismo y el espacio más adecuado para resolver los problemas de los trabajadores. Lo que no entienden los nuevos *reformadores autoritarios* es que la *salida* no puede ser un *retroceso*, una especie de *neoludismo* político básicamente *reaccionario*, sino la formulación de un proyecto de *transformación* inscrito en la *globalización*, y basado en la *ampliación* de la democracia, que permita ejercer *realmente* un control eficaz de la acción político-institucional. Pecan de ilusos quienes piensan que la actual proliferación de respuestas populistas *autoritarias*, de carácter conservador en lo social y neoliberal en lo económico, es la corriente donde navegar, la *Aufgewärmte Suppe* (sopa recalentada) de la que nutrirse para alcanzar el poder. Al hacerlo reducen su capacidad de lucha ideológica, y pueden terminar avalando las propuestas de la ultraderecha *antisistema* en una especie de *olvido catastrófico*, similar al que afectó a la socialdemocracia.^[3] ¡Grande torpeza!

Socialistas: resistir hoy para vencer mañana

En cuanto a los socialistas, viven un momento *dulce* tras el inesperado éxito de Pedro Sánchez y su *moción de cesura*. Puede que no sea un gran estadista, pero ha demostrado poseer tanto *resiliencia* a las arremetidas de tios y troyanos, como habilidad para conjurar complicidades. Claro que los errores de la derecha, particularmente en los dos campos de mayor conflictividad, la *cuestión catalana* y la *cohesión social*, le facilitan las cosas. En el primero, Sánchez ha conseguido recuperar el *diálogo* como cauce de acción política, cuyo desarrollo no puede reducirse a un *soliloquio* constitucional como hizo Rajoy; en el segundo, ha logrado impregnar su política de *progresismo* con medidas de fuerte carácter simbólico, como la formación de un gobierno con mayoría de mujeres (que están ahí por mérito propio), la exhumación del cadáver de Franco, las iniciativas contra la *ley mordaza*, y la inclusión en los presupuestos de partidas con marcado carácter social (pensiones, la subida del salario mínimo, permiso de paternidad, dependencia, etc.). Pero el principal escollo y desafío al que se enfrentan los socialistas es el *conflicto* catalán, que puede resultar letal si no se afronta con inteligencia y visión de Estado. La dependencia parlamentaria del independentismo catalán es su talón de Aquiles, compensado en parte por la apertura del diálogo institucional con la *Generalitat*. Sin embargo, la presión independentista para que haga *gestos* favorables a sus presos. y el mantenimiento en el tiempo de la *tensión republicana*, pueden crear situaciones de alto riesgo político que precipiten los acontecimientos. Sin duda, tiene razón

Sánchez cuando dice que los catalanes tienen que votar. La cuestión es qué votar. Hay tres opciones a cuál más endiablada:

1. Votar un *referéndum de autodeterminación* pactado y reconocido internacionalmente.
2. Votar un nuevo *Estatuto de Autonomía* con un aumento sustantivo y sustancial de autogobierno.
3. Votar una *consulta* sobre las preferencias de los catalanes respecto al *estatus constitucional* de su relación con el Estado español, que permita, en su caso, abrir la posibilidad *reglada de separación*.

Aunque ya me he extendido en otros artículos[4] sobre estas salidas, resumiré cuáles son las posibilidades de resultar exitosas, en función de la actual *correlación de fuerzas* en el ámbito nacional e internacional:

El *referéndum de autodeterminación* pactado es, hoy por hoy, inviable. No solo porque carece de reconocimiento jurídico y político internacional aplicado a un país de la UE, sino porque el independentismo no tiene la *fuerza social* suficiente, ni la *capacidad política* necesaria (pese a la instrumentalización de las instituciones autonómicas) para forzar al Estado a negociarlo. Es previsible que el *pulso* independentista, y sus réplicas *constitucionalistas*, continúen. Pero el resultado será un pernicioso estancamiento ante las *líneas rojas* constitucionales que nadie, salvo las bases de la CUP, está dispuesto a sobrepasar. Cuanto antes se descarte este viaje a ninguna parte, mejor para todos. Votar un nuevo *Estatuto de Autonomía* es una propuesta más sensata, y puede tener la virtud de atraer al *catalanismo moderado* que hoy apoya al independentismo, y que no parece muy dispuesto a sacrificar la estabilidad política y económica por una hermosa *quimera*. El problema reside en que un nuevo *Estatut*, aún contando con la dudosa aquiescencia de los independentistas, no es factible sin el apoyo en el *Parlament* de Ciudadanos. Y que, en el mejor de los casos, aplaza un problema latente desde hace, al menos, cien años. Hay que reconocer que Puigdemont tiene razón al señalar que embarcarse ahora en la negociación de un nuevo *Estatut* es un deseo piadoso que no tiene en cuenta la realidad creada por el *procés*. Es decir, haría falta un largo periodo de debilitamiento del independentismo, y el apoyo de una parte significativa de sus representantes políticos, lo que no parece muy plausible. Solo nos queda, por tanto, la vía *pactada* de un *derecho de consulta con posibilidad de separación*. Pero su dificultad salta a la vista. Solo una clara *mayoría de izquierdas* con sentido de Estado es capaz de gobernar las *incertidumbres* inherentes al problema de la articulación territorial en un mundo *globalizado*, donde las *interacciones* políticas y económicas marcan el *terreno de resolución* de los problemas nacionales. Por eso conviene que los socialistas no se llamen a engaño: la *libre asociación* de las distintas nacionalidades que configuran España es el principal problema político, y no valen formulas de un pasado que siempre vuelve. Olvidarlo es condenarse a repetirlo de forma cada vez más enconada. ¡Grande torpeza!

Incompetencia en tiempos de confusión

Todo este cúmulo de torpezas ocurre en un momento histórico complejo, *vórtice* de una tensión dialéctica difícil de gobernar y prever (como todo vórtice), donde los síntomas de una reacción autoritaria, iliberal en el mejor de los casos, profundamente reaccionaria, se acumulan, con un amenazante progreso de la ultraderecha, alimentada por la falta de respuesta eficaz a la *indignación* ciudadana ante una crisis que

no termina de cerrarse, o lo hace agravando el coste social y aumentando la desigualdad. La falta de seguridad en el trabajo; el parón primero, y descenso después, del ascensor social; la alarma cultural ante una migración imparable; el fallo *sistémico* del sistema político-institucional provocado por la corrupción; la impotencia paralizante de las formaciones políticas tradicionales, con mayor incidencia en la izquierda sin relato para el siglo XXI; el pauloviano encogimiento defensivo ante los efectos disruptivos de Revolución Digital; la eclosión de falsas noticias, postverdades, hechos alternativos, y el *ruido* amplificado de la sociedad de la información... son síntomas inequívocos del *caos* acercándose al *límite* que caracteriza a los *sistemas complejos no lineales abiertos y adaptativos*. El diagnóstico más claro y evidente del *agotamiento* de un *sistema socioeconómico* nacido hace 300 años, incapaz de satisfacer las expectativas que el mismo crea, y cuyo impulso científico-técnico está desatando las fuerzas capaces de *transformarlo* frente a los intentos de *reformarlo*; o, en todo caso, sostenerlo recurriendo al *autoritarismo populista* de extrema derecha. Cuando se trastocan y trasmudan los valores establecidos, cambian las fuerzas que garantizan la cohesión social, y la confusión afecta tanto a víctimas como a victimarios, es lógica la reacción popular que busca *certezas* en la *incertidumbre* y *seguridad* en el *desconcierto*. Si no los encuentran en la *izquierda*, prisionera del *no hay alternativa*, no es de extrañar que se oriente hacia la derecha *antisistema*, Y se aferre a su explicación más simplista y engañosa, con un *enemigo exterior* (inmigrantes, comunistas, judíos, musulmanes) que oficie como gran *chivo expiatorio*. Una vieja historia de sangre y barbarie *civilizada*. Cuando la *razón* práctica fracasa a la hora de explicar los malestares sociales, deja paso al discurso del *miedo* y el imperio de la *emoción*, que magnetiza con la descripción del presente e impide *pensar el futuro*. Ante el *desconcierto* de unos y la *ensoñación* retrógrada de otros, la *izquierda transformadora* necesita ofrecer un proyecto *creíble* de nuevo *sistema socioeconómico*, basado en la *concurrentia cooperativa*, que permita el despliegue ordenado, justo, y eficaz de las *fuerzas productivas* desarrolladas por la Revolución Digital, y su intensa *presión evolutiva*. Y tener siempre en cuenta que para *transformar* el *sistema socioeconómico* no basta con ser *realista*, lo que a veces supone *supeditarse* a lo existente, sino que debemos ser capaces de ganar, en la cotidianidad del día a día, la *credibilidad* imprescindible para impulsar el esfuerzo colectivo, sin el que no es posible *transformar* la realidad. Un proceso lento, difícil, arriesgado, porque el avance al *socialismo de la era digital*, en un mundo *globalizado*, supone una larga y difícil marcha por un territorio no cartografiado, donde los viejos mapas suponen un viaje a ninguna parte.

[1] Es como si no se pudiera considerar un *ciberataque* a los sistemas vitales y defensivos de un país como un acto de guerra porque no intervengan fuerzas armadas.

[2] Ver Steven Forti: *¿Por qué queréis blanquear a Salvini?*

(<https://ctxt.es/es/20180905/Politica/21599/Steven-Forti-Hector-Illueca-Manolo-Monereo-Julio-Angueta-Cuarto-Poder-Movimiento-5-Estrellas-la-Liga.htm>)

[3] Con el término *olvido catastrófico* (Catastrophic forgetting) en Inteligencia Artificial se describe al fenómeno que ocurre cuando una *red neuronal* entrenada para una tarea olvida lo aprendido al verse

expuesta a nuevas enseñanzas.

[4] Ver: Carlos Tuya, Derrotas autoinflingidas. De la épica de las palabras al desastre de los hechos. (03/10/2017) <http://confluencia.network/coyuntura/918/>

[Ver el artículo en la web](#)